



Alejandro Cervantes Delgado y Othón Salazar Ramírez Dos maestros en la historia de Guerrero

Humberto SANTOS BAUTISTA
David CIENFUEGOS SALGADO

¿Quién es el hombre para nosotros? Quizás sea en primer lugar aquel que sufre, pero también es el que sabe que aunque se esté sufriendo se puede estar de pie. Es aquel que asume ante sí mismo el derecho de rebelión contra el mundo tal como es. Es aquel que inventa una posibilidad nueva. Es aquel que aun en una acción pequeña y limitada muestra su libertad y su pensamiento. Es aquel que sabe que en el fondo nada es verdaderamente imposible. Cuando se le repite a la gente que esto o aquello es imposible, es siempre para obtener su sometimiento. (...)

Los gobiernos dicen siempre que las cosas son imposibles, su filosofía es de la necesidad: todo es necesario, todo es obligatorio y todos los sueños de los hombres son imposibles. (...)

Llamaremos hombre también, a aquel que dice que lo imposible es posible. Y a lo largo de toda la historia hubo quienes dijeron que lo imposible era posible. Por eso el mundo cambió. Si sólo existiera la necesidad y lo imposible, todo sería siempre igual. Llamamos hombre a aquel que tiene la larga paciencia del pensamiento y de la acción...

Alain Badiou, *La política o la barbarie*

La conciencia política y una historia posible

Los historiadores dicen que nada es más impredecible que el pasado. Si esto es cierto, la mirada retrospectiva para escudriñar

el pasado, debiera empezar por plantear aquellos imaginarios inéditos que pudieron haber cambiado el rumbo de la historia; una de esas expresiones corrientes desde la historia contrafactual o de la *ucronía*. Consideramos que en determinados escenarios, es preciso interrogar al pasado, no sólo por curiosidad intelectual, sino por algo más tangible: la certidumbre de que el poder tiene la perversión de mostrarnos unas realidades y ocultarnos otras. La precisión de que vivimos en medio de una gran incertidumbre, vuelve un imperativo (incluso ético) la necesidad de repensar la historia reciente, para ayudarnos a iluminar las complejidades del presente y valorar la viabilidad de nuestro futuro.

En tal tesitura, la historia del estado de Guerrero nos enseña que aun en las circunstancias más oscuras se puede sobrevivir, pero que la posibilidad de resistir sólo es posible si se cambian las estrategias, considerando el contexto y las nuevas circunstancias que se viven. Si “*la política concierne no a las apariencias sino a lo real*”, entonces la gran tragedia de los guerrerenses es que nunca hemos hecho una lectura de la historia explorando el contexto. Nuestras lecturas han sido descontextualizadas y, en ese sentido, todavía tenemos un gran analfabetismo sobre los hechos históricos que han dado forma y caracterización a lo que es nuestra entidad y la sociedad guerrerense. Pero no sólo en la perspectiva lectora, sino también y quizá es lo que resulta más grave, en el ámbito de lo creativo: no hemos podido construir las biografías y las historias en las cuales se pueda leer al estado de Guerrero. Esta afirmación no ignora el hecho de que tenemos numerosos estudios sobre aspectos históricos y biográficos de nuestro estado; tampoco ignora los datos sobre la lectura en nuestro país y estado; la afirmación propone un nuevo tipo de creador (no necesariamente el historiador) y un nuevo tipo de lector.

Por eso, nos parece oportuno revisar nuestra concepción de la historia y de la política, porque Guerrero no se agota en las interpretaciones ortodoxas, y en ocasiones los marcos teóricos desde los cuales se ha pretendido leer la historia local, han sido palabras inventadas desde el poder para imponer una interpretación *ad hoc*, y las categorías con las cuales nombramos los problemas, se vuelven una cuestión esencial para alcanzar a entenderlos.

Por eso las palabras son importantes para llenar el analfabetismo biográfico y contextual que todavía prevalece para comprender la historia local. Es también por todo esto que cobra relevancia revisar la vida de los hombres de poder y de los hombres que han luchado por una sociedad mejor. Éste es el propósito del presente trabajo, en el cual intentamos hacer una breve semblanza de la relación posible —más allá de los formalismos—, entre dos hombres que hicieron historia, que vivieron la política en espacios diferentes y antagónicos, pero que compartían a su manera, una pasión que se llamaba Guerrero y una vocación pedagógica como producto de su formación profesional: Alejandro Cervantes Delgado y Othón Salazar Ramírez.

Hasta el final de sus días, estos dos guerrerenses caminaron por los caminos del Sur defendiendo las ideas en las que creían: uno desde el poder y al lado el poder, el otro, a ras de tierra y casi en los límites de la sobrevivencia, en la zona más pobre del país: la Montaña de Guerrero. Si uno se atiende al discurso de cada uno, se puede apreciar en Cervantes Delgado, ser más apegado a la ortodoxia política y al canon oficial de la pedagogía, y tal vez por eso, muchos de los que se reclaman como sus alumnos y lo reivindican como “su maestro de la política”, son los tradicionales personajes que se cobijaron bajo su sombra para escalar posiciones en la burocracia gubernamental; del otro lado, Salazar Ramírez, fue un maestro de cepa tradicional, que encarna lo que

algunos denominan el misticismo del magisterio y la vocación pedagógica, y son miles los profesores que se sienten identificados con esa pedagogía rebelde que enseñó a lo largo de su vida, aunque también hay los que señalándose a sí mismos como discípulos medran en el ámbito público.

Estos dos personajes de la historia contemporánea de Guerrero, se disputaron la gubernatura de Guerrero al inicio de los años ochenta: uno como candidato del partido que, en esos años, hegemonizaba casi el poder absoluto en México, el Partido Revolucionario Institucional (PRI); y el otro, como abanderado del Partido Comunista Mexicano (PCM) –cuyos cuadros recién salían de la clandestinidad y se incorporaban a la lucha política en el marco de la legalidad, por la reforma política de 1977-1978. El candidato del PRI en parte sabía que su triunfo estaba asegurado, el de oposición quería dejar constancia ante la historia que se podía construir una opción distinta y que su participación en el proceso cumpliría con un objetivo: la enseñanza paciente de educar a las masas para conquistar el poder. Los dos vivieron la experiencia del poder: Cervantes Delgado no tuvo problema para acceder al poder y ejercerlo como gobernador del estado –con las acechanzas y las presiones del cacicazgo figueroista que se negaba a aceptar cambios mínimos en el estilo de gobierno–, casi de manera absoluta, y tal vez por ello, sus críticos lo acusaron de nepotismo; Salazar Ramírez, construyó el poder popular en el primer municipio comunista del país, donde ganó una elección a punta de marchas de Alcozauca a Tlapa, con cientos de indígenas levantando las banderas rojas de la hoz y del martillo, lo que le valió hacer mítica la leyenda de “la Montaña roja de Guerrero”.¹

¹ La presidencia de Alcozauca de Guerrero, la alcanzó bajo las siglas del PSUM, cuando se fusionaron las fuerzas de izquierda para participar en la elección

En ese mismo contexto histórico, los dos sufrieron, cada uno en sus circunstancias, la ingratitud de algunos de sus propios seguidores más cercanos, y con ello, la traición de su legado. En el PRI, el ex-gobernador Alejandro Cervantes Delgado fue rápidamente olvidado por los beneficiarios que él ayudó a encumbrarse en las estructuras del poder; en el PRD, el maestro Othón Salazar Ramírez, denunció una y otra vez que su partido había extraviado el camino y que había abandonado los principios de la izquierda. El vacío en la izquierda fue una de las preocupaciones que consumió los últimos años de su vida. En esa perspectiva, valdría la pena preguntarse, ¿Cómo fue realmente la relación de poder entre el profesor y licenciado en economía, Alejandro Cervantes Delgado y el maestro Othón Salazar Ramírez? ¿Cómo habría podido ser un diálogo pedagógico entre dos maestros, entre dos políticos, uno que representaba el status quo vigente y el otro formado en la izquierda comunista, sobre el proyecto de una vida mejor para los guerrerenses?

En alguna parte, Octavio Paz decía que *“somos contemporáneos de todos los hombres”* y, sin duda, por esas raras paradojas que tiene la vida, ellos lo fueron en el tiempo y en el contexto histórico de Guerrero. Alejandro Cervantes Delgado nació en Chilpancingo el 24 de enero de 1926, Othón Salazar Ramírez vio la primera luz en la Montaña de Guerrero –Alcozauca–, el 17 de mayo de 1924. El primero murió en septiembre de 2000, el segundo falleció en diciembre de 2008. Los dos fueron hombres de su tiempo que escribieron las páginas de la historia contemporánea de Guerrero, desde sus circunstancias personales y con sus propias visiones.

presidencial con Arnoldo Martínez Verdugo como candidato, en la elección de 1982.

La política después de la guerra sucia en Guerrero

La elección de gobernador de 1980, estaba marcada por el recuerdo de la reciente guerra sucia que se había expresado en una bárbara represión en el régimen de Rubén Figueroa Figueroa que recién terminaba, y que le había costado al Estado, cientos de desaparecidos, de perseguidos y encarcelados. En el ocaso del régimen figueroista, se hizo famosa una frase que el entonces gobernador se permitió expresar en una entrevista que concedió a una revista francesa, pues al preguntarle si había presos políticos en el estado, la respuesta de Figueroa fue paradigmática: *“En Guerrero no hay presos políticos, todos están muertos”*. Esa era la herencia política que le dejaba a Alejandro Cervantes Delgado un “gobernador chicharronero”, como definía el entonces presidente de México José López Portillo a algunos gobernadores del país, entre los que incluía a Figueroa Figueroa. Tal vez por eso, el discurso del candidato, trató de marcar distancia desde el principio, aunque en el imaginario popular se le veía sin los arrestos suficientes para hacerlo. No obstante, y a pesar de su aparente debilidad fue diseñando un discurso propio, si bien la campaña siguió el guión tradicional del acarreo, la cargada y otros vicios muy propios de esos tiempos, que quedaron consignados en la memoria periodística del proceso electoral respectivo.

En ese marco, la campaña llegaba a extremos cursis con la intervención de los jilgueros y merolicos tradicionales del PRI, que buscaban hacerse visibles ante el candidato. En el anecdotario se recuerda por ejemplo, la participación en las concentraciones de la región centro, de un personaje que con el tiempo llegó a ser presidente municipal de Chilpancingo y que guitarra en mano, cantaba una especie de villancico en referencia a la elección de diciembre de ese año: *“El siete de diciembre/ iremos a votar/ por Cervantes Delgado/ y por Carlos León Román”*. Al ritmo de *Jingle*

Bells, el improvisado cantante se desgañitaba en busca del “voto popular”, para los candidatos de su partido, aludiendo a la elección de gobernador y de presidentes municipales. De esa forma se desarrolló la campaña priísta y, en efecto, ganaron la elección: Cervantes Delgado fue gobernador y León Román, fue presidente municipal de Chilpancingo.

En la oposición, el panorama era muy diferente: sin dinero, el candidato organizaba de la nada los mítines y daba a conocer sus propuestas de gobierno. En el zócalo de la capital del estado y ante apenas unos cientos de partidarios, Othón Salazar Ramírez leyó su programa de gobierno. Si bien se llamaba a la unidad de obreros y campesinos, la mayoría de los asistentes eran universitarios de la Universidad Autónoma de Guerrero. Eran los tiempos de la llamada “Universidad-Pueblo”, cuando la UAG desplegaba todo un discurso ideológico “de izquierda”, pero que en esencia, era profundamente conservador, lo cual los llevó a reproducir en su vida interna lo que permanentemente era objeto de su censura y de su crítica hacia el exterior: la antidemocracia y la corrupción. Al interior de la universidad había una disputa por el poder entre los miembros del PCM –llamados con desprecio “los pescados”– y la llamada “izquierda independiente” que tenía su propio catecismo. En efecto, la administración de la UAG, se reclamaba de izquierda pero llamaba al abstencionismo y consideraba el proceso “una farsa electoral”. Lo curioso de todo eso, era que los universitarios también organizaban elecciones para elegir al rector, y en ese tiempo coincidió que tenían en puerta el proceso de sucesión de las autoridades universitarias.

En ese marco, la votación del 7 de diciembre confirmó la desigual contienda en los resultados: El PRI obtuvo 325,089 votos, el PCM 13,191. Los demás partidos que participaron: el PAN, el PARM, el PDM, el PPS y el PST, se repartieron el resto

de la votación. En total votaron 360,265 ciudadanos guerrerenses. Así se cerró el capítulo del proceso electoral para elegir gobernador.

La tarea de gobernar

Es probable que así como José López Portillo se ufana en decir que él era el último presidente de la revolución mexicana, Alejandro Cervantes Delgado haya sido el último gobernador que todavía era heredero de ese ideario político y que el PRI había asumido como patrimonio exclusivo. Sin embargo, la crisis económica de principios de los años ochenta y el arribo al poder de una tecnocracia que tenía como proyecto la modernización económica del país, privilegiando la economía de mercado, muy pronto entraron en contradicción con los principios que hasta entonces habían sido el sostén de los llamados “gobiernos emanados de la revolución”.

Los vientos modernizadores anunciaban la apertura de la economía, el adelgazamiento del estado y el recorte al gasto público, fundamentalmente, lo que invariablemente alteraba los proyectos de los gobiernos locales y Guerrero no iba a ser la excepción. Así se pasó rápidamente de la política económica de López Portillo que había anunciado que se tenía que aprender a “administrar la abundancia”, a un severo régimen de austeridad con el nuevo gobierno de Miguel de la Madrid Hurtado. En ese marco, a Alejandro Cervantes le tocó administrar la crisis en un estado donde la desigualdad era —y lo sigue siendo— la seña de identidad más evidente y, por supuesto, esto generó fuertes conflictos que pusieron a prueba su gobierno.

En la memoria del estado están presentes dos movimientos que enfrentó su administración y que evidentemente dejaron una

huella en el sentimiento de los guerrerenses: el movimiento de choferes despedidos de la línea de autobuses Flecha Roja y el de la Universidad Autónoma de Guerrero por la retención del subsidio por parte de la Secretaría de Educación Pública. Ambos movimientos fueron de larga duración y tuvieron una repercusión nacional y enfrentamientos internos entre el gobierno de Cervantes Delgado y el exgobernador Rubén Figueroa Figueroa que a su vez tenía intereses que defender en la empresa Flecha Roja.

En respuesta al despido, los choferes apoyados por la Universidad Autónoma de Guerrero, tomaron la central de autobuses y paralizaron el transporte en el estado, lo cual propició la ira de Figueroa que, acostumbrado a actuar con métodos represivos, demandaba que el gobernador en turno procediera sin miramientos con la fuerza pública. Todavía se recuerda la anécdota que circuló por la tradición oral, de que para confirmar su visión folclórica del poder, Figueroa Figueroa, mandó estacionar enfrente del palacio de gobierno un trailer repleto de pacas de huevos, como un mensaje subliminal para el gobernador.

No obstante, el gobierno de Cervantes Delgado aguantó en un principio las presiones, pero en el verano de 1984, se desalojó a los trabajadores que tenían retenidos a los autobuses en la central camionera. La fuerza pública entró a los recintos universitarios, sobre todo a las casas de estudiantes, y apresaron a algunos alumnos de la UAG. El propio rector de la Universidad, el licenciado José Enrique González Ruíz, fue objeto de persecución e intentaron aprehenderlo. Era el mes de julio y miles de maestros asistían a la Escuela Normal Superior, dependiente de la UAG, para cursar las diferentes especialidades que se impartían en ese tiempo en los llamados “cursos de verano”, y a los que concurrían profesores de casi todo el país, al grado de que en ese tiempo llegó a

tener matriculados a poco más de 20 mil estudiantes. Los espacios físicos de la UAG eran insuficientes para albergar a todos los alumnos y la UAG se veía en la necesidad de solicitar espacios alternos en algunas escuelas.

Como el desalojo de los trabajadores se había dado en la madrugada y las clases se iniciaban a las siete de la mañana, los profesores que se preparaban para asistir a sus cursos, percibieron desde el principio la gran agitación que se viviría a lo largo de todo ese día. Algunos dirigentes universitarios que habían logrado escapar, trataban de reorganizarse y empezaron a difundir la versión del desalojo y de la incursión de la fuerza pública en los recintos universitarios, violando la autonomía universitaria. Los maestros se vieron obligados a suspender clases y en esas horas de la mañana, los estudiantes de la especialidad de matemáticas que tomaban sus clases en la Escuela Primaria “José Ma. Morelos y Pavón”, ubicada en el centro de la ciudad, organizaran la primera marcha de protesta, dirigiéndose al palacio de gobierno que en ese entonces se localizaba en el centro de la ciudad. Más tarde, otra marcha partió del edificio docente, ubicado en la alameda, y miles de de profesores-estudiantes se congregaron alrededor de la sede del Poder Ejecutivo del estado.

Pese a la fuerza del movimiento no se logró lo que el movimiento demandaba: la reinstalación de los trabajadores de la Flecha Roja y la relación entre la UAG y el gobierno quedó muy tensa.

Sin embargo, el conflicto con la UAG se agudizó cuando la federación decidió, en palabras del entonces titular de la SEP, “levantarle la canasta a la universidad”, con el argumento de que “no se estudiaba” y de que era, más bien, “un nido de guerrilleros”. Sin duda, 1984 fue un año durísimo para la UAG y los uni-

versitarios, porque el embargo del subsidio no permitió pagar los salarios de los trabajadores durante un año.

Éstos fueron quizá los dos conflictos más fuertes que se vivieron en el periodo gubernamental de Alejandro Cervantes Delgado y en donde su política de negociación y de diálogo se vio seriamente comprometida.

Abriendo brechas en la Montaña...por la izquierda...

La muerte del Maestro Othón Salazar Ramírez, dejó a muchos en su conciencia la soledad que les rodea y la certeza de que sus enseñanzas harán falta. Esto se explica por el hecho de que en el imaginario se le caracteriza señalando que a través de sus palabras, podía transmitir su renovada pasión libertaria, y contra todo lo que se pudiera pensar, no era sólo el discurso dogmático de la izquierda, sino un ejemplo de congruencia. Salazar Ramírez fue una voz potente a la cual miles de guerrerenses llevan en la memoria. En muchos sentidos, su visión y ejemplo han pasado a ser parte de la historia viva, porque su visión crítica sigue vigente, sobre todo con relación a la izquierda. Para Othón Salazar, la llamada izquierda guerrerense se extravió en los laberintos de la política del mercado electoral. En su opinión, la ausencia de vida democrática al interior del PRD, había propiciado la subordinación de la militancia, a la que sólo se le llamaba —y se le sigue llamando—, en los procesos electorales. Pasadas las contiendas y una vez repartidos los cargos de la administración pública, rápidamente se olvidaban de las necesidades de la población y terminaban demostrando que eran tan ineptos y corruptos o más que sus supuestos adversarios del PRI o del PAN. Esa forma de hacer política —decía— sólo desgastaba las esperanzas de la gente, y confirmaba que a las luchas generosas del pueblo, las élites del PRD les respondían con desprecio y también con ingratitud. Tal

vez por eso las burocracias dirigentes del PRD siguen pensando que –como decía Maquiavelo– “la gratitud es una carga muy incómoda”.

Por todo ello, hasta el final de sus días, la preocupación de Othón Salazar era muy simple: la izquierda se había quedado sin principios, sin proyecto y sin una práctica democrática que los hiciera diferentes a la derecha y al centro. En esas condiciones, se preguntaba con cierta amargura: ¿alguien puede sostener con seriedad que todavía hay izquierda?

Es opinión de muchos de la izquierda guerrerense –y sobre todo, sus dirigentes–, no supieron leer ni escuchar la voz del maestro, porque, en esencia, no eran una alternativa política, toda vez que nunca se propusieron en serio la transformación democrática del estado, sino legitimar la partidocracia para poder vivir de los privilegios que le otorgara su participación en los procesos electorales.

En ese contexto, el maestro Othón Salazar Ramírez, tenía algunas características de las cuales adolecen ahora los dirigentes de la izquierda: un discurso propio que le permitía establecer un diálogo fraterno con los más pobres entre los pobres, lo cual le ganó el reconocimiento casi reverencial de los suyos. Era también un hombre con una sensibilidad extraordinaria, que le ayudaba a comprender los problemas de la gente como una experiencia vivencial. Es decir, la sensibilidad revolucionaria la vivía, como de alguna manera la definió el Ché Guevara en la carta que le escribe a sus hijos: “Ser capaz de sentir las injusticias cometidas contra cualquiera y en cualquier parte del mundo”. Esa –decía el Ché–, “...es la cualidad más linda de un revolucionario”. En algún momento de su vida el maestro Othón Salazar, llegó a decir: “Quiero merecer de por vida el título de revolucionario”, y por supuesto que se ganó a pulso ese reconocimiento, por su ejemplo de con-

gruencia. En ese marco, las palabras de Othón Salazar llegaban a los pobres casi como prédicas de redención porque lo sentían — así era— como parte de sus pueblos. Es tal vez de los pocos políticos que si sabían quién era “el pueblo”, porque eso no se aprende en los tratados de ciencia política, sino que se comprende en el diálogo con quienes son parte del “pueblo”. Es tal vez por eso que mantuvo una congruencia hasta el final de sus días, lo cual lo llevó a vivir en la más completa pobreza, asumiendo con la mayor dignidad su situación. Se despidió de Guerrero con el ideal comunista, representado por la hoz y el martillo, en su tierra y con su pueblo.

La política y el poder: El diálogo posible

Alejandro Cervantes Delgado y Othón Salazar Ramírez, fueron dos hombres que cultivaron, cada quien a su modo, la pasión por Guerrero, por la patria. Por eso, intentaron recuperar la historia por diferentes caminos. Cervantes Delgado, desde el gobierno intentó revivir el culto por los héroes locales y los hechos que marcaron la historia de Guerrero, el papel protagónico de Vicente Guerrero, de los Galeana, los Bravo, y el paso de José María Morelos por el territorio suriano. Se trataba de mostrar la esencia histórica de Guerrero y recordarle al país la contribución de los guerrerenses en la construcción del país: fuimos la cuna de la independencia y aquí se firmó el acta fundacional de la República, como lo evidencian los Sentimientos de la Nación leídos por el Generalísimo José María Morelos y Pavón el 13 de septiembre de 1813 y la declaración independentista expedida el seis de noviembre siguiente. Es cierto que era todavía la reivindicación de la historia de bronce, pero era, de alguna manera, la recuperación de una parte de la identidad de los guerrerenses. En eso se diferenciaba Othón Salazar, porque aunque él no contaba

con los medios ni los recursos que sí tenía el gobierno del estado, él también tenía una gran pasión por la historia local y nacional, aunque por su vertiente comunista, también aludía a la historia mundial, porque decía que su estancia en la URSS le había cambiado su visión de la vida. Sin embargo, en el contexto nacional las figuras emblemáticas eran Benito Juárez y Lázaro Cárdenas, tal vez porque los sentía más cercanos por el origen y por sus propias vivencias en sus años de formación. Es tal vez lo que explica que en las marchas que organizaba de Alcozauca a Tlapa, al lado de las banderas rojas con la hoz y el martillo, se le puede observar a él con la bandera nacional en la mano. Toda esa historia de sufrimiento y de entrega a las luchas por las causas más nobles y sentidas de la gente, lo volvió un símbolo de las luchas por la democracia en Guerrero.

Estos dos protagonistas de la historia reciente de Guerrero, vieron como las posibilidades de una transición a la democracia se frustraba por la enorme red de intereses que cada quien enfrentaba en sus propios espacios políticos. Esa aspiración fue lo que llevó a Alejandro Cervantes Delgado a tener un fugaz acercamiento con la Corriente Democrática fundada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo en los años ochentas. Othón Salazar, por su parte, vivió intensamente la fundación del PRD, y tal vez por eso censuraba con dureza la traición a los principios por parte de sus dirigentes.

En cierta forma, Alejandro Cervantes Delgado y Othón Salazar Ramírez, mantuvieron un diálogo distante, mediado por las esperanzas de cambiar la historia de Guerrero, devolviéndole la dignidad y la ética a la política, porque percibían que era la única forma de salvar la brecha que nos mantiene en el rezago. Esos fueron sus desafíos que vivieron y enfrentaron, y que son, los que todavía nos siguen lacerando. Por eso vale la pena hacer una re-

lectura de las biografías de estos hombres que marcaron la historia de Guerrero y que todavía permanecen en la conciencia del pueblo. Ese pueblo que ellos lograron entender porque se acercaron a mirarlo por dentro. Uno entendió que para gobernar un pueblo como el guerrerense no hacía falta tratarlo con mano dura, el otro entendió el alma de los olvidados, vivió como ellos y murió entre ellos, y les enseñó que defender la dignidad del pueblo de Guerrero es actuar en consecuencia con los principios y con nuestra historia.

Por todo eso, Alejandro Cervantes Delgado y Othón Salazar Ramírez vivirán en la memoria colectiva de los guerrerenses. Quedando como tarea la de rescatar y repensar los valores que están presentes en sus ejemplos, y contrastarlos con la cruda realidad que nos corresponde vivir.

Para esta labor, en esta obra colectiva podremos encontrar variadas opiniones sobre Cervantes Delgado. Nos queda pendiente la misma tarea para otros personajes, como Othón Salazar Ramírez.